

se descubra, ¿estaré tranquilo si el mundo dice que habeis sido la querida de Don Cristóbal de Estrada?

—No, nadie lo dirá, porque nadie lo sabe, porque yo sostendré que por vos fuí robada de la casa de mi madre, que consentí en ser vuestra dama, aunque érais el esposo de Doña Marina.....

—¿Direis eso?—exclamó Don Diego.

—Sí, por vos todo; la deshonra, todo, todo por vos, porque os amo; sea yo vuestra, Don Diego, y caiga sobre mí la cólera del cielo, porque os adoro.

Y en su entusiasmo acercó su rostro al del Indiano y depositó en sus labios un beso que hizo estremecer al jóven hasta lo íntimo de su corazón.

—¡Doña Ana!—exclamó Don Diego levantándose como loco—aun no es tiempo!

Y sin esperar mas, salió precipitadamente de la estancia.

—¡Don Diego! ¡Don Diego!—gimió la jóven, mirando que el Indiano no volvía; inclinó la cabeza y sus lágrimas cayeron sobre su desnudo seno.

II.

Entre antiguos conocidos.

EL viejo conde de Torre-Leal habia muerto, dejando dispuesto en su testamento que se conservase por algunos años el título y la herencia de la familia á su hijo mayor Don Enrique, acerca de cuya suerte nada se sabia; y en el caso de que este no volviese á parecer, entrase al dominio de aquellos bienes y al goce del título, su hijo menor habido en su matrimonio con Doña Guadalupe, la hermana de Don Justo. Entretanto, Doña Guadalupe tenia la administracion del condado, y su hermano Don Justo habia logrado el objeto de todas sus ansias.

Por este tiempo llegó á radicarse en México una familia rica procedente de la isla Española, que se componia de Don Pedro Juan de Borica, su esposa la señora Magdalena, y Julia.

La belleza de Julia, á quien llamaban la «francesita,» habia trastornado los cerebros de los jóvenes mas distinguidos

de la ciudad, y la jóven habia recibido mil declaraciones amorosas, las que ninguno pudiera decir que habia alcanzado siquiera una esperanza.

Julia, siempre triste y siempre preocupada, escuchaba todos aquellos homenajes sin fijarse siquiera en ellos.

Don Pedro Juan de Borica tuvo necesidad de visitar á Don Justo para negocios de comercio; hicieron amistades, y Don Justo entró como un buen amigo en la casa de la señora Magdalena.

Don Justo era viudo, estaba en una buena posicion, y creyó que la jóven Julia le convenia, y casi casi que habia venido directamente consignada para él, como los cargamentos de ultramar.

Ante todo pensó que era necesario dirigirse á Borica como jefe de la familia, para obtener su consentimiento.

Un dia que Don Justo se encontró á solas con Borica, quiso probar fortuna, que tenia como por segura, y le dijo:

—Amigo Don Pedro Juan, teneis una hija como una perli-
ta.

—No está fea la muchacha—contestó con indiferencia Don Pedro Juan;—es entenada mia.

—No solo, sino que es muy bella y tiene brillantes cualidades, á lo que he podido notar.

—Sí.

—Pues debe ser muy feliz el hombre que la tenga por esposa.

—Ya.....

—¿Creeis una cosa?

—¿Qué?

—Que esa niña me hace pensar en segundas nupcias.

—¿De veras?

—Si vos no me negárais vuestro consentimiento, me atreveria yo á pretenderla.

—Aun no pensamos en darle estado—contestó Pedro Juan, poniéndose pálido.

—Ya creo que es tiempo, y sobre todo tratándose de un buen partido.

—Ya os digo que aun no pensamos en ello.

—Hacedme favor de escucharme.

—Creo que es inútil tratar acerca de eso; además, que seria necesario contar con la voluntad de ella y con la de Magdalena, porque como sabeis, es hija de su primer matrimonio.

—Bueno, bueno; para todo es preciso contar antes con vuestro consentimiento, y si me lo dais, ya veremos de convencer á la señora Doña Magdalena, y luego ganar el corazon de la niña.

—Os repito, señor Don Justo, que no pensamos aún en eso.....

—Y yo á mi vez os repito tambien que alguna vez se ha de pensar.

—Pero no será hoy—dijo bruscamente el ex-desollador.

Don Justo comprendió que incomodaba, y determinó buscar otro camino:—quizá la señora Magdalena sea mas tratable—dijo para sí;—yo le hablaré.

Y varió de conversacion con Pedro Juan.

Como era natural, Don Justo tuvo pronto oportunidad de encontrarse á solas con la madre de Julia, y aprovechó la ocasion.

—Señora—la dijo—debe ser mucha la inquietud de las madres por el porvenir de los hijos, y sobre todo si son mujeres.

—Es el cuidado que no deja sosiego en los últimos días de la vida—contestó la señora Magdalena.

—Pero afortunadamente aun no estais en esa situación.

—¿Por qué?

—Aun no estais en edad avanzada, señora; gozais de una salud envidiable y podeis esperar tranquilamente; quizá muy pocas madres tengan la esperanza que vos, de ver establecidas perfectamente á sus hijas.

—¡Dios lo permita!

—¿Y por qué no, señora? Julia es una jóven hermosa, de bellas cualidades, que realzan mas con la brillante educación que le habeis dado; Julia merece mucho.

—Gracias; le haceis demasiado favor.

—No, señora, mas merece: un hombre honrado, juicioso, rico, seria muy feliz pudiendo llamar esposa suya á Julia.

—¡Oh! esos partidos están muy escasos.

Desde aquel tiempo era ya costumbre quejarse de la escasez de los hombres útiles para la sagrada coyunda, y á pesar de esto, los matrimonios, lo mismo que ahora, eran la fruta de todos los días; pero las mujeres solteras hablan siempre de que los hombres de su tiempo no son buenos para maridos, ni afectos al matrimonio, con el solo objeto de hacer creer al público con la debida anticipación, que si no se casan, no es por falta de cónyuge, sino de voluntad. En esto, el público finge creer; pero apuesta doble á sencillo que el primer postor se lleva la prenda á la menor indicación.

Medio mundo vive engañando al otro medio la mitad de su vida, y la otra mitad vive siendo engañado; es una gran cuenta de falsedades que se liquida en cada generación, sin arrojar mas deficiente que eso que se llama la historia, que el engaño de herencia que reciben los hombres de sus an-

tepasados; es que ellos se empeñan en creer y en hacer creer á los que vienen tras ellos, en el tiempo, que es el cuerpo de la verdad.

La novela siquiera es juego limpio, mentira clara, franca; es la mujer que se da colorete, pero que se lo cuenta á cuantos la miran, y que nunca riñe á nadie porque le diga que aquel bello color es una ficción.

Don Justo pensó todo esto, ó no llegó hasta meditar en la historia y en la novela, comenzando su raciocinio como nosotros, por los matrimonios; pero creyó prudente engañar á la madre para conseguir algo de ella.

—¡Ah! señora!—exclamó—un partido ventajoso seria cosa muy fácil que lo encontrara Julia, porque además de sus bellas cualidades, tiene otro atractivo grande.

—¿Cuál, señor Don Justo?

—Su familia, señora, su familia.

—¿Su familia?

—¡Oh! sí, señora! una de las cosas que mas nos hacen pensar á los hombres cuando queremos unir nuestra suerte á la de una dama, es la familia con la que vamos á emparentar, sus cualidades, el ejemplo que pueda recibir nuestra futura y demás; ya os podeis figurar.

—Sí, señor.

—Vuestra hija tiene aún esa ventaja, que vos, y no hay en ello adulación, vos sois una de las personas mas apreciables que he conocido.

—Pero.....

—Nada, señora; yo me encontraria dichoso con pertenecer á vuestra familia.

—Es mucho honor para nosotros, señor.

—No, señora; yo seria completamente feliz si me permitiérais aspirar á la mano de vuestra hija.

—Pero, señor Don Justo, si apenas la habeis tratado.....

—Señora, es lo bastante; soy libre, soy rico, no soy viejo; podeis en México informaros de mi conducta y mis antecedentes: decidme, señora, ¿no soy digno de aspirar á la mano de Julia?

—Si he de hablaros con franqueza, sin contrariar la voluntad de mi hija me seria muy grato que tuviera un esposo como vos: ¿sois español?

—No, señora, he nacido en México.

—Mejor.....

—¿Cómo mejor?

—Cada uno en el mundo tiene sus ideas, y no me preguntéis el por qué de las mías; básteos saber que me agrada mas que seais mexicano.

—Entonces, ¿quiere decir, señora, que cuento con vuestro consentimiento para esta boda?

—Se entiende, contando con la voluntad de mi hija.

—Por supuesto.

—¿Habeis hablado con mi marido de esto?

Don Justo se puso encendido y vaciló para contestar; pero le pareció mas prudente decir la verdad.

—Sí, señora—contestó.

—¿Y qué os dijo?

—Me dijo—contestó Don Justo vacilando otra vez—me dijo..... la verdad, recibió mi proposicion con mucho disgusto.

—Lo comprendo así..... pero no tengais pena; aquí el único consentimiento que se necesita, despues de obtenido el de Julia, es el mio; contad con él, y además, haré de mi parte cuanto sea necesario para ayudaros en vuestros proyectos de boda, siempre que Julia esté conforme, que es la única condicion.

—Gracias, señora, gracias; no esperaba yo tanta bondad.....

—Cuanto hagais respecto de vuestros proyectos en lo sucesivo, procurad que no lo sepa Don Pedro Juan de Borica; ya os podeis suponer que los hombres tienen sus caprichos que es preciso respetar en bien de la paz doméstica.

—Sí, señora; callaré como si nada me hubiérais dicho.

—Fío en vuestra discrecion.

Pedro Juan se presentó en este momento en la estancia, y la señora Magdalena, con esa sangre fria que caracteriza á las mujeres para disimular y para improvisar situaciones, continuó una conversacion que no habia tenido principio; de manera que el ex-desollador nada comprendió.

—¿Esos tibores de China decís que llegaron en la última nao de Filipinas? porque yo desearia comprar unos grandes para el corredor de esta casa; los tibores sirviendo de tiesto para naranjos, me agradan muchísimo.

—Pero hija—dijo Pedro Juan—tienes ya una multitud, me parece un gasto superfluo.

—Serán los últimos, te lo prometo—contestó la señora Magdalena.

—Sea como quieras—dijo Borica.

Y siguieron los tres hablando de los primores que habia traído la nao de Filipinas.